

Consolidación e institucionalización historiográfica en la Transición

El caso de la historia obrera

Roberto Ceamanos Llorens

Universidad de Zaragoza

Introducción

Este trabajo muestra el desarrollo de la historiografía obrera española durante la transición a la democracia, atendiendo a su evolución desde el franquismo. En él se abordan sus relaciones con la política, destacando su inicial instrumentalización en la lucha antifranquista; su transformación de una historia centrada en el estudio del movimiento obrero a una historia interesada por el conjunto de la clase obrera; y sus vínculos con el exterior –con especial interés en el hispanismo–. Es una historia que se inicia en los momentos finales del franquismo y concluye con una democracia parlamentaria asentada y una historiografía obrera convertida en una disciplina profesional, que comienza a recuperar el tiempo perdido y a ocupar un puesto relevante entre el conjunto de las historiografías occidentales.

1. La historiografía obrera en exilio y el tardofranquismo

La dictadura franquista impidió el desarrollo de la historiografía del movimiento obrero –se había desarrollado una llamada historiografía de partido con las obras de Juan José Morato, Francisco Mora o Anselmo Lorenzo; y continuada con los trabajos más profesionales de Manuel Reventós y Manuel Núñez de Arenas–¹ y dificultó la penetración de influencias extranjeras.² Los escasísimos libros de historia obrera de los años cincuenta fueron obra de autores próximos al franquismo. En ellos se definía el movimiento obrero como un fenómeno que atentaba contra la nación española.³ Ante la imposibilidad de publicar en territorio español, las obras de historia obrera se escribieron en el extranjero, especialmente en Francia. Eran tiempos de oposición al franquismo y por ello se trató de una historiografía militante. Los casos de los anarquistas Max Nettlau, Gastón Leval y Renée Lamberet son representativos de esta historiografía.⁴ Estos historiadores mantuvieron un estrecho contacto con sus camaradas españoles que, desde el exilio, escribieron obras marcadas igualmente

¹ J.J. Morato, *La cuna de un gigante. Historia de la Asociación General del Arte de Imprimir*, Madrid, José Molina, 1925. A. Lorenzo, *El proletariado militante*, Barcelona, Imprenta Salvat, Duch y Ferré, 1901 (vol. 1) y 1923 (vol. 2). M. Reventós, *Assaig sobre alguns episodis historics dels moviments socials a Barcelona durant el segle XIX*, Barcelona, La Revista, 1925. «Núñez de Arenas y de la Escosura, Manuel», en: G. Pasamar y I. Peiró, *Diccionario Akal de Historiadores españoles contemporáneos (1840-1980)*, Madrid, Akal, 2002, p. 445-446, p. 446.

² G. Pasamar, *Historiografía e ideología en la postguerra española: la ruptura de la tradición liberal*, Zaragoza, PUZ, 1991.

³ M. García: *Historia de las Internacionales obreras*, Madrid, Ediciones del Movimiento, 1956-1957; e *Historia de los movimientos sindicales españoles (1840-1933)*, Madrid, Ediciones del Movimiento, 1961. E. Comín: *Historia del anarquismo español*, Barcelona, AHR, 1956; e *Historia del Partido Comunista de España*, Madrid, Editora Nacional, 1967.

⁴ G. Leval, *Espagne libertaire, 1936-1939*, Paris, Cercle/Tête de Feuilles, 1971; y *Colectividades libertarias en España*, Buenos Aires, Proyección, 1972. R. Lamberet, *Mouvements ouvriers et socialistes. Chronologie et bibliographie. L'Espagne (1750-1936)*, Paris, Éditions Ouvrières, 1953. M. Nettlau, *La Première Internationale en Espagne (1868-1888)*, Dordrecht, D. Reidel, 1969, R. Lamberet (révision, introduction, notes et appendices).

por una activa militancia de izquierdas y que, en la mayor parte de los casos, no fueron sino el testimonio de sus experiencias políticas. Entre otros muchos, se pueden citar los nombres de José Peirats, Juan Gómez Casas, Joan García Oliver o Diego Abad de Santillán. Las obras que escribieron abordaron principalmente el estudio del anarquismo español y contaron con el apoyo de editoriales emblemáticas del exilio como Ruedo Ibérico y de centros de difusión y sociabilidad como la Librería Española en París dirigida por Antonio Soriano.⁵ Sus autores ajustaron cuentas con las demás fuerzas políticas y sindicales de izquierda tras los graves desencuentros acaecidos durante los difíciles años treinta e hicieron de la escritura de la historia su modo personal de combatir al franquismo.

Mientras esta historiografía militante se desarrollaba fuera del país, en España, se producirá en los años sesenta una regeneración historiográfica en una universidad que resurgía tras el largo letargo de la postguerra. En ella, un reducido grupo de historiadores –José María Jover, Miguel Artola, Antonio Domínguez, José Antonio Maravall y Jaume Vicens– conectó con las corrientes internacionales de *Annales* y el marxismo. Ya en 1951, Jover, uno de los artífices de la renovación historiográfica española, había defendido la importancia de estudiar las diferentes clases sociales, sus problemáticas y mentalidades.⁶ Desde ámbitos todavía muy reducidos se inició un paulatino despegue de la historia obrera con las obras de autores del exilio como F.G. Bruguera y Antonio Ramos Oliveira.⁷ Llegados a los años sesenta, y a lo largo de los setenta, el progreso de la historiografía obrera española estuvo influido por la historia que se escribía en Francia –en los ochenta surgirá con fuerza la influencia de los marxistas británicos– cuya recepción fue posible gracias a las figuras de Jaume Vicens Vives, Manuel Tuñón de Lara y Pierre Vilar. Este último se interesó por el movimiento obrero en su *Histoire de l'Espagne*, punto de partida de su futura colaboración en la *Histoire générale du Socialisme* dirigida por Jacques Droz. Su conocimiento del movimiento obrero español fue la razón por la que se pensó en él para introducir el inusual número monográfico que *Le Mouvement Social* dedicó al movimiento obrero español.⁸ Fruto de sus contactos internacionales, Vicens dio a conocer la existencia de una historia del movimiento obrero que se abría camino entre las historiografías europeas y, tras su fallecimiento, un buen número de sus discípulos –Joan Reglà, Emili Giralt, Jordi Nadal y Josep Fontana– apoyaron los trabajos de una nueva generación de historiadores que protagonizarán una primera ruptura con la historia obrera positivista que se había escrito en España.⁹ Estos jóvenes, influidos por el marxismo y los *Annales*, también abordaron sus investigaciones desde la militancia o, al menos, desde la simpatía hacia su objeto de estudio. Ellos introdujeron la historia obrera en la universidad española, caracterizada en los años sesenta y primeros setenta por el crecimiento y diversificación de su población –acceso de la clase media y, en menor medida, de la clase obrera, y aumento de la presencia de la mujer–. Esta universidad era uno de los principales focos de oposición al franquismo. Bajo la influencia del Partido Comunista de España y el Partit Socialista Unificat de Catalunya, la lucha estudiantil se intensificó y se articuló en diferentes organizaciones que abarcaron todo el amplio espectro político de la oposición al franquismo. Los historiadores del movimiento obrero realizaron sus estudios en

⁵ J. Peirats: *La CNT en la revolución española*, Toulouse, CNT, 1951-1953 (París, Ruedo Ibérico, 1971); y *Los anarquistas en la crisis política española*, Buenos Aires, Alfa, 1964. J. Gómez: *Historia del anarcosindicalismo español*, Madrid, ZYX, 1969; y *Historia de la FAI*, Bilbao, Zero, 1977. J. García, *El eco de los pasos*, Barcelona, Ruedo Ibérico, 1978. D. Abad, *Contribución a la Historia del Movimiento Obrero Español*, Puebla, José M. Cajica, 1962-1971. A. Forment, *José Martínez: la epopeya de Ruedo ibérico*, editorial Anagrama, 2000. M^a Arantzazu Sarría, “Cuadernos de Ruedo ibérico (1965-1979). Exilio, cultura de oposición y memoria histórica”, tesis doctoral, 2001.

⁶ J.M^a Jover, *Conciencia burguesa y conciencia obrera en la España contemporánea*, Madrid, Ateneo, 1952.

⁷ F.G. Bruguera, *Histoire contemporaine d'Espagne 1789-1950*, París, Editions Ophrys, 1953. A. Ramos, *Historia de España*, 3 vols., México, Cia. General de Ediciones, 1952.

⁸ P. Vilar, *Histoire de l'Espagne*, París, PUF, 1947. P. Vilar: «Le socialisme espagnol des origines à 1917» y «Le socialisme en Espagne (1917-1945)», en: J. Droz (dir.), *Histoire Générale du Socialisme*, París, PUF, 1972-1978, t. 2, p. 279-320 y t. 3, p. 421-464. P. Vilar, «Mouvement ouvrier espagnol et questions nationales: quelques réflexions préliminaires» en: A. Elorza, M. Ralle y C. Serrano, *Mouvements ouvriers espagnols et questions nationales, 1868-1936. Le Mouvement Social*, 128, juillet-septembre, 1984, p. 7-14.

⁹ E. Giralt, A. Balcells y J. Termes, *Els moviments socials a Catalunya, País Valencià i les Illes: cronologia, 1800-1939*, Barcelona, Lavinia, 1967.

este ambiente y participaron en muchos episodios de la lucha contra la Dictadura: “entendieron su trabajo como parte de un combate por la democracia o por la revolución, que de todo hubo”. Para ellos escribir Historia fue “una forma de protesta contra la Dictadura y, más allá de la forma de gobierno, contra el capitalismo”.¹⁰

La primera tesis universitaria de historia del movimiento obrero, escrita tras la Guerra Civil y obra de historiadores no franquistas, fue la de Casimir Martí, cura obrero, antifranquista y próximo al nacionalismo catalán. Abordaba los orígenes del anarquismo en Barcelona y sus fuentes mostraban los principales centros de documentación internacionales en los que se basará la investigación en los años siguientes, al tiempo que evidenciaba las dificultades existentes en España para consultar los archivos. Muchos habían sido destruidos por la represión y otros no eran accesibles. Había que salir al extranjero, donde se había salvaguardado parte de la documentación del movimiento obrero español. En Milán, Martí consultó las fuentes del Instituto Feltrinelli donde contó con la colaboración de su director Giuseppe del Bo, en París examinó los archivos del Institut Français d’Histoire Sociale y contactó con Jean Maitron, y en Amsterdam consultó los archivos del International Institute of Social History, donde recibió los consejos de su director Adolf Johann Cord Rütter.¹¹ Tras la obra de Martí, comenzaron a publicarse una serie de obras de historia obrera que procedían de la Universidad de Barcelona, donde Vicens había iniciado la dirección de varias tesis de licenciatura sobre historia del movimiento obrero, labor que continuó su sucesor Carlos Seco Serrano. Entre estos doctorandos se encontraban los autores de algunas de las principales obras de los años sesenta y primeros setenta: Antoni Jutglar escribió sobre el federalismo y Pi y Margall; Miquel Izard sobre las relaciones entre trabajadores, poder económico y poder político; Josep Termes sobre el movimiento obrero durante la Iª Internacional; Oriol Vergès sobre la Internacional en las Cortes de 1871; y Albert Balcells sobre la cuestión agraria en Cataluña.¹² Próximos al marxismo y al nacionalismo catalán, estos jóvenes historiadores escribieron una historia comprometida y, aunque su trabajo se vio favorecido por un clima intelectual menos opresivo, trabajaron en condiciones aún difíciles para la investigación, sobre todo por las dificultades a la hora de acceder a las fuentes, obstáculo que se intentó superar con la publicación de reediciones de textos clásicos y la recopilación de documentos.¹³

Otros focos donde se desarrolló la historia obrera fueron, junto al de Barcelona –donde se publican también los trabajos de Pere Gabriel y Jordi Maluquer– Madrid, Valencia, Zaragoza y Oviedo.¹⁴ Formados con José Antonio Maravall y Luis Díez del Corral, surgió en la Universidad

¹⁰ E. Hernández Sandoica, M.A. Ruiz Carnicer y M. Baldó, *Estudiantes contra Franco (1939-1975). Oposición política y movilización juvenil*, Madrid, Esfera de los Libros, 2007. Los dos entrecomillados en: S. Juliá, «Contra el reduccionismo», *Papeles de Economía Española*, 73, 1997, p. 285-293, p. 285.

¹¹ C. Martí, *Orígenes del anarquismo en Barcelona*, prólogo J. Vicens, Barcelona, Teide, 1959. C. Martí, «Historia e historiografía del movimiento obrero: mi experiencia», en: S. Castillo y J. Mª Ortiz (coord.), *Estado, protesta y movimientos sociales*, Bilbao, Asociación Historia Social/Universidad País Vasco, 1998, p. 517-523.

¹² A. Jutglar: *Federalismo y Revolución. Las ideas sociales de Pi y Margall*, Barcelona, Cátedra Historia General de España, 1966; *Ideologías y clases en la España contemporánea*, Madrid, Edicusa, 1968-1969; *El constitucionalismo revolucionario de Pi y Margall*, Madrid, Taurus, 1970; y *Pi y Margall y el federalismo español*, Madrid, Taurus, 1975. M. Izard: *Revolució industrial i obrerismo. Les “Tres Classes de Vapor” a Catalunya (1869-1913)*, Barcelona, Ariel, 1970; y *Manufactureros, industriales y revolucionarios*, Barcelona, Crítica, 1979. J. Termes, *El Movimiento obrero en España. La Primera Internacional (1864-1881)*, Barcelona, Cátedra Historia General de España, 1965; y *Anarquismo y Sindicalismo en España. La Primera Internacional (1864-1881)*, Barcelona, Ariel, 1972. O. Vergès, *La Iª Internacional en las Cortes de 1871*, Barcelona, Cátedra Historia General de España, 1964. A. Balcells: *El sindicalisme a Barcelona, 1916-1923*, Barcelona, Nova Terra, 1965; *El problema social agrari a Catalunya: la qüestió rabassaire, 1890-1936*, Barcelona, Nova Terra, 1968; *Crisis económica y agitación social en Cataluña (1930-1936)*, Barcelona, Ariel, 1971; y *La polémica de 1928, entorn de l’anarquisme a Catalunya*, Barcelona. Nova Terra, 1973.

¹³ C. Seco (dir.), *Asociación Internacional de Trabajadores. Actas de los consejos y Comisión Federal de la Región Española (1870-1874)*, Barcelona, Cátedra Historia General de España, 1969; y C. Seco (dir.), *Asociación Internacional de Trabajadores. Cartas, comunicaciones y circulares del III Consejo Federal de la Región Española*, Barcelona, Cátedra Historia General de España, 1972-1979.

¹⁴ P. Gabriel, *El moviment obrer a Mallorca*, Barcelona, Curial, 1973. J. Maluquer, *El socialismo en España, 1833-1868*, Barcelona, Crítica, 1977.

Complutense de Madrid un grupo de historiadores que se interesaron por la historia obrera.¹⁵ Antonio Elorza abordó la historia del pensamiento político contemporáneo, especialmente del socialismo utópico que culminaba con la utopía anarquista durante la Segunda República, mientras que José Álvarez Junco, autor de *La Comuna en España* donde se interesaba por los ecos españoles de este mito del movimiento obrero, escribió *La ideología política del anarquismo español (1868-1910)*, un exhaustivo trabajo que indagaba en las causas de arraigo del anarquismo, una de las principales cuestiones sobre las que se debatió en este período. Respecto al socialismo, Xavier Cuadrat investigó el socialismo en Cataluña, Manuel Pérez Ledesma la ideología y estructura de la UGT y Marta Bizcarrondo la radicalización socialista en los años finales de la Segunda República. También sobre el socialismo versaron los estudios iniciales de Santos Juliá, quien completó su formación en Oxford. Este peso de la formación anglo-sajona se advierte en Joaquín Romero Maura y Juan Pablo Fusi, historiadores que completaron su formación en la citada universidad británica junto a Raymond Carr y se interesaron por la historia política desde una óptica más liberal y crítica con el militanteismo que predominaba en la Península. Romero se interesó por los orígenes del lerrouxismo y el anarquismo en Barcelona, mientras que Fusi estudió las organizaciones obreras del País Vasco durante la primera industrialización.¹⁶ En la Universidad de Valencia, Fernanda Romeu estudió las condiciones de vida de los trabajadores. Su investigación, dirigida por Joan Reglá, mostró la realidad en que vivían las clases obreras y estudió las condiciones socioeconómicas que provocaban las agitaciones campesinas y las huelgas obreras. También desde Valencia y dirigido por Emili Giralt, Javier Paniagua se interesó por los proyectos libertarios. Se dieron a conocer también los primeros trabajos sobre la historia del socialismo de José Antonio Piqueras, discípulo del especialista en la revolución burguesa Enric Sebastià. En la Universidad de Zaragoza, Carlos Forcadell abordó las divergencias entre el proletariado español durante la Gran Guerra y las repercusiones de la Revolución Rusa. En la Universidad de Oviedo, David Ruiz estudió el movimiento obrero en Asturias; y, en la Universidad Autónoma de Madrid, pero centrado en el movimiento obrero andaluz, trabajó Antonio M^a Calero.¹⁷

En estos momentos, debates como el referido a si había habido o no revolución burguesa en España, polémica cuya respuesta había estado condicionada por la estrategia de socialistas y comunistas, evidenciaba las estrechas relaciones entre historiografía y política. Este debate se diluyó durante la Transición, cuando la izquierda abandonó definitivamente sus posturas revolucionarias y en su discurso los términos “revolución” y “burguesía” fueron sustituidos por los de “democracia” y “modernización”.¹⁸ Más allá de estas cuestiones, las dos temáticas preferidas por la historiografía obrera del período fueron el anarquismo y socialismo –corrientes hegemónicas en la historia del movimiento obrero español. En cambio, la historia del comunismo –importante principalmente

¹⁵ J.M^a Maravall; *El desarrollo económico y la clase obrera*, Barcelona, Ariel, 1970; y *Dictadura y disenso político. Obreros y estudiantes bajo el franquismo*, Madrid, Alfaguara, 1978.

¹⁶ A. Elorza, *La utopía anarquista bajo la Segunda República española. Precedido de otros trabajos*, Madrid, Ayuso, 1973. J. Álvarez Junco, *La Comuna en España*, Madrid, Siglo XXI, 1971; y *La ideología política del anarquismo español (1868-1910)*, Madrid, Alianza, 1974. X. Cuadrat, *Socialismo y anarquismo en Cataluña (1899-1911). Los orígenes de la CNT*, Madrid, Ediciones Revista de Trabajo, 1976. M. Pérez Ledesma (ed.), *Pensamiento socialista español a comienzos del siglo. Antonio García Quejido y la Nueva Era*, Madrid, Editorial del Centro, 1974. M. Bizcarrondo, *Araquistain y la crisis socialista en la II República. Leviatán (1934-1936)*, Madrid, Siglo XXI, 1975; y *Octubre del 34: reflexiones sobre una revolución*, Madrid, Ayuso, 1977. S. Juliá: *La izquierda del PSOE (1935-1936)*, Madrid, Siglo XXI, 1977; y *Orígenes del Frente Popular en España (1934-1936)*, Madrid, Siglo XXI, 1979. J. Romero, *La Rosa de Fuego. Republicanos y anarquistas: la política de los obreros barceloneses entre el desastre colonial y la Semana Trágica, 1899-1909*, Barcelona, Grijalbo, 1974. J.P. Fusi, *Política obrera en el País Vasco*, Madrid, Turner, 1975.

¹⁷ F. Romeu, *Las clases trabajadoras en España (1890-1930)*, prólogo J. Reglá, Taurus, Madrid, 1970. J. Paniagua: *Educación y economía en el sindicalismo de Marín Civera*, Valencia, ICE, 1979; y *La sociedad libertaria: agrarismo e industrialización en el anarquismo español (1930-1939)*, Barcelona, Crítica, 1982. J.A. Piqueras, *Historia del socialismo*, Valencia, Institució Alfons el Magnànim, 1981. C. Forcadell, *Parlamentarismo y bolchevización. El movimiento obrero español, 1914-1918*, prólogo J.J. Carreras, Barcelona, Crítica-Grijalbo, 1978. D. Ruiz, *El movimiento obrero en Asturias*, Oviedo, Amigos de Asturias, 1968. A.M^a Calero: *Historia del movimiento obrero en Granada, 1909-1923*, Madrid, Tecnos, 1973; y *Movimientos sociales en Andalucía (1820-1936)*, Madrid, Siglo XXI, 1976.

¹⁸ S. Pérez Garzón, «La revolución burguesa en España: los inicios de un debate científico, 1966-1979», en: M. Tuñón de Lara et al., *Historiografía española contemporánea*, Madrid, Siglo XXI, 1980, p. 91-139. J. Álvarez Junco, «A vueltas con la Revolución Burguesa», *Zona Abierta*, 36-37, 1985, p. 81-106, p. 98-101.

durante la Guerra Civil— despertó menor atención. Las obras publicadas mostraron las tensiones en el seno del comunismo español. Mientras que, al igual que había sucedido en otros partidos comunistas, el propio PCE redactaba su propia historia oficial, surgieron obras críticas con su actuación. El antiguo miembro del Comité Ejecutivo del PCE Fernando Claudín, expulsado del Partido en 1965, publicó una historia crítica de la IIIª Internacional y, desde la izquierda comunista, las obras de Víctor Alba reflejaron el ajuste de cuentas entre trotskistas y estalinistas. Se publicaron igualmente los estudios de Joan Estruch sobre un PCE marcado por el estalinismo y los de Pelai Pagès sobre Andreu Nin y la Izquierda Comunista. Por último, Francesc Bonamusa, desde la Universidad Autónoma de Barcelona, dedicó sus estudios al marxismo disidente en Cataluña.¹⁹

La Iglesia Católica comenzó a desvincularse del franquismo y, de entre sus sectores progresistas, surgieron sacerdotes que trabajaron junto a las clases más desfavorecidas y se crearon organizaciones que trabajaron estrechamente unidas a la oposición de izquierdas —Hermandad Obrera de Acción Católica y Juventud de Acción Católica— que colaboraron con el movimiento obrero. Todo ello tuvo sus repercusiones historiográficas al incrementar el interés por la historia de las relaciones entre la Iglesia y el mundo obrero y, en concreto, despertó el interés por el estudio del catolicismo social. Ya a mediados de los años sesenta, junto a trabajos pioneros de carácter testimonial como el de Jacinto Martín sobre el sindicalismo cristiano, el trabajo conjunto de Martí, García Nieto y Llorens a la obra colectiva de S.H. Scholl sobre la historia del movimiento obrero cristiano sentó las bases para los estudios posteriores de Mª Teresa Aubach, Domingo Benavides, Juan José Castillo, Josefina Cuesta, Feliciano Montero y José Andrés-Gallego. Los historiadores se interrogaron por las razones del supuesto fracaso de la Iglesia en su acercamiento a la clase obrera, y se inició un debate que comparaba el caso español con el de otros países —Francia, Bélgica, Alemania e Italia— con una fuerte tradición católica sindicalista y que giraba sobre la incapacidad de la Iglesia española para organizar la democracia cristiana y la escasa difusión de los sindicatos católicos.²⁰

Fundamental fue en estos años la labor realizada desde el hispanismo. Formadas en el ámbito anglo-sajón, un grupo de historiadoras se aproximó a la historia contemporánea española, interesadas principalmente por su historia obrera. Joan Connelly Ullman se centró en el anticlericalismo, Clara E. Lida en el anarquismo decimonónico, Temma Kaplan en los orígenes del anarquismo en Andalucía y Mary Nash en el papel de la mujer en el movimiento obrero.²¹ Pero más temprana, intensa y organizada fue la labor realizada desde el hispanismo francés. Jacques Maurice,

¹⁹ Comisión del Comité Central del PCE, *Historia del Partido Comunista de España*, Paris, Éditions Sociales, 1960. F. Claudín, *La crisis del movimiento comunista*, Paris, Ruedo Ibérico, 1973. V. Alba: *El marxisme a Catalunya. 1919-1939*, Barcelona, Pòrtic, 1974-1975; *El marxismo en España (1919-1939). Historia del BOC y del POUM*, México, B. Costa-Amic, [1974]; y *El Partido comunista de España: ensayo de interpretación histórica*, Barcelona, Planeta, 1979. J. Estruch: *Historia del PCE, 1920-1939*, Barcelona, El Viejo Topo, 1978; y *El PCE en la clandestinidad, 1939-1956*, Madrid, Siglo XXI, 1982. P. Pagès: *Andreu Nin. Su evolución política (1911-1937)*, Bilbao, Zero, 1975; y *El movimiento trotskista en España (1930-1935)*, Barcelona, Península, 1977. F. Bonamusa: *El Bloc Obrer i Camperol. Els primer anys 1930-1932*, Barcelona, Curial, 1974; y *Andreu Nin y el movimiento comunista en España (1930-1937)*, Barcelona, Anagrama, 1977.

²⁰ J. Martín, *Acción sindical de los cristianos en España*, Madrid, ZYX, 1968. S.H. Scholl (dir.), *Historia del movimiento obrero cristiano*, Barcelona, Estela-Nova Terra, 1964. MªT. Aubach, *Los orígenes del catolicismo social en Barcelona en la segunda mitad del siglo XIX*, Valencia, Universidad de Valencia, 1971. D. Benavides, *El fracaso social del catolicismo español. Arbeloa Martínez (1870-1951)*, Barcelona, Nova Terra, 1973. J.J. Castillo: *Sindicalismo amarillo en España. Aportación al estudio del catolicismo social español (1912-1923)*, Madrid, Edicusa, 1977; y *Proprietarios muy pobres. Sobre la subordinación política del pequeño campesino en España (la Confederación Nacional Católico-Agraria)*, Madrid, Servicio de Publicaciones Agrarias, 1979. J. Cuesta: *Sindicalismo agrario católico en España, 1917-1919*, Madrid, Narcea, 1978. F. Montero, *El primer catolicismo social y la Rerum Novarum en España (1889-1902)*, Madrid, CSIC, 1983. J. Andrés-Gallego, *La política religiosa en España (1889-1913)*, Madrid, Editora Nacional, 1975. Revisión historiográfica: F. Montero, «El catolicismo social en España: balance historiográfico», en: B. Pellistrandi, (coord.), *L'histoire religieuse en France et en Espagne. Colloque international (Casa de Velázquez, 2-5 avril 2001)*, Madrid, Casa de Velázquez, 2004, p. 389-409.

²¹ J. Connelly, *La Semana Trágica. Estudio sobre las causas socioeconómicas del anticlericalismo en España, 1898-1912*, Barcelona, Ariel, 1972. C.E. Lida, *Anarquismo y Revolución en la España del siglo XIX*, Madrid, Siglo XXI, 1972. T. Kaplan, *Anarchists of Andalusia, 1868-1903*, Princeton, University Press, 1977. M. Nash, *Mujeres y movimiento obrero, 1931-1939*, Barcelona, Fontamara, 1981.

Michel Ralle, Serge Salaün, Carlos Serrano, Paul Aubert, Jean-François Botrel, Jean-Michel Desvois o Jean-Louis Guereña se embarcaron en el estudio de la edad contemporánea, con especial interés en la historia obrera. Punto de conexión entre este hispanismo contemporaneista y la historiografía española fue Manuel Tuñón de Lara, exiliado y personaje clave en la renovación metodológica de la historiografía obrera española. Tuñón transmitió a los historiadores españoles el conocimiento de las principales corrientes de la poderosa historiografía francesa del momento y encarnó el modelo de historiador comprometido en la lucha contra el franquismo. En los años sesenta publicó dos síntesis, *La España del siglo XIX* y *La España del siglo XX*, que le dieron a conocer en la España del interior y entre los hispanistas franceses.²² Fueron años de intensa actividad que le consagraron como especialista en la historia obrera. Tuñón, que contribuyó a la renovación metodológica con un modelo que comprendía el análisis de la economía, la sociedad, la política, la cultura y la ideología, sin olvidar el papel del hombre, es especialmente recordado por ser el alma de los Coloquios de Historia Contemporánea de España celebrados en la Universidad de Pau (1970-1979). Estos encuentros hispano-franceses contribuyeron a renovar la historiografía española al abordar los estudios desde una óptica interdisciplinar. En estos coloquios una joven generación de historiadores españoles ávidos de novedades conoció la historiografía francesa y entabló una estrecha relación con los hispanistas franceses, y todo ello en un clima de libertad política que no existía al otro lado de la frontera. Durante sus jornadas, historiadores españoles e hispanistas presentaron sus primeras investigaciones, plantearon debates y programaron proyectos en pos de una historia total, si bien no siempre hubo consenso historiográfico entre Tuñón y los asistentes a los coloquios, distanciamiento que se observa sobre todo en las trayectorias posteriores de estos últimos.²³ En los coloquios de Pau, la Casa de Velázquez y los archivos, los hispanistas forjaron relaciones personales y profesionales con los historiadores españoles que favorecieron el intercambio de conocimientos. Este proceso se consolidó con la aparición de nuevas publicaciones periódicas –Tuñón creó un boletín en Pau (1971), continuado por el *Bulletin d'Histoire Contemporaine de l'Espagne* (Burdeos 1985), y se fundó *Estudios de Historia Social* (1977-1991), dirigida por Antonio Elorza– y el incremento de encuentros hispano-franceses.²⁴

La publicación de investigaciones, encuentros científicos, traducciones, fuentes y revistas sobre historia obrera fue posible gracias a la labor de una serie de editoriales militantes surgidas del variado ámbito del antifranquismo. Gracias a ellas, en las librerías españolas se podían encontrar obras de Gramsci, Lenin o Mao, y se podía adquirir una gran número de clásicos de la historia del movimiento obrero internacional. De entre estas plataformas de difusión cultural, al tiempo que ámbitos de sociabilidad intelectual y política, destacó Edicusa (1965), empresa de inspiración democristiana que nació como una extensión de *Cuadernos para el Diálogo*. Otras editoriales fueron la Editorial ZYX –creada por el cristianismo progresista con la pretensión de fomentar la lectura y favorecer la formación de los trabajadores–, la Editorial Ayuso –que en su “Biblioteca de Textos Socialistas” publicó varios clásicos del pensamiento socialista y anarquista– y, con un concreto interés por la cultura catalana, la Editorial Nova Terra (1957) –fundada por el cristianismo progresista para favorecer la pedagogía popular y el movimiento obrero– y las Edicions 62, S.A. (1962). Más tardía fue Siglo XXI de España Editores, que promovió la difusión del pensamiento marxista y se convirtió en un importante nexo de unión entre España e Hispanoamérica.²⁵

²² M. Tuñón de Lara: *La España del siglo XIX*, Paris, Club del Libro Español, 1961; y *La España del siglo XX*, Paris, Librería Española, [1966].

²³ M. Tuñón de Lara: *Introducción a la historia del movimiento obrero*, Barcelona, Nova Terra, 1966; *El movimiento obrero en la historia de España*, Madrid, Taurus, 1972; y *Metodología de la historia social en España*, Madrid, Siglo XXI, 1973. J.L. de la Granja y A. Reig Tapia (eds.), *Manuel Tuñón de Lara. El compromiso con la historia. Su vida y obra*, Bilbao, Universidad del País Vasco, 1993; y J.L. de la Granja, A. Reig Tapia y R. Miralles (eds.), *Tuñón de Lara y la historiografía española*, Madrid, Siglo XXI, 1999. M. Tuñón de Lara y otros, *Historiografía Española Contemporánea. X Coloquio del Centro de Investigaciones Científicas Hispánicas. Universidad de Pau. Balance y Resumen*, Madrid, Siglo XXI, 1980. A. Balcells (ed.), *Teoría y práctica del movimiento obrero en España (1900-1936)*, Valencia, F. Torres, 1977.

²⁴ R. Ceamanos, «El hispanismo francés y los estudios de Historia contemporánea», *Bulletin d'histoire de l'Espagne contemporaine*, 43 (octubre, 2007), pp. 81-109.

²⁵ F. Rojas, «Poder, disidencia editorial y cambio cultural en España durante los años sesenta», *Pasado y Memoria*, 5, 2006, p. 59-80.

2. La renovación historiográfica en la Transición

El inicio de la transición hacia la democracia permitió la legalización de los partidos de izquierda. Estas organizaciones, representantes tradicionales del movimiento obrero, abandonaron la clandestinidad. El Partido Socialista Obrero Español celebró su primer congreso público en diciembre de 1976. En él se manifestó un nuevo talante que evidenciaba su acuerdo con la necesidad de llegar a un amplio consenso con el resto de fuerzas políticas para alcanzar un pacto que permitiera el definitivo asentamiento de la democracia parlamentaria. El Partido Comunista de España –situado a su izquierda y, en principio, su principal competidor– fue legalizado en abril de 1977. En este contexto de apertura, se celebraron las elecciones generales del 15 de junio de 1977, que legitimaron el proceso de reforma. El triunfo correspondió a la Unión de Centro Democrático (UCD) de Adolfo Suárez, y el PSOE se convirtió en el principal partido de la oposición. Las Cortes resultantes comenzaron la elaboración de un proyecto de constitución, proceso constituyente que concluyó el 6 de diciembre de 1978 con la aprobación en referéndum de la Constitución, fruto del consenso entre las principales fuerzas democráticas. Las elecciones de marzo de 1979 no alteraron el panorama político. Fue más tarde, en los comicios de octubre de 1982, cuando el triunfo del PSOE llevó a la alternancia en el poder, acontecimiento que, junto al fracaso del intento de golpe de Estado del 23 de febrero de 1981, está considerado como la prueba inequívoca de que la democracia se había consolidado en España. Los socialistas pusieron en marcha una política reformista que, conforme al espíritu de consenso de la Transición, omitió el espinoso tema de las responsabilidades por la Guerra Civil y la Dictadura en aras de la reconciliación nacional de las dos Españas. Al calor de esta trascendental evolución política, la historiografía obrera española conoció un importante desarrollo. Se institucionalizó con la creación de centros y publicaciones donde reunirse, reflexionar, poner en común proyectos y emprender y difundir investigaciones. Hasta este momento, la historia se había escrito desde la simpatía hacia su objeto de estudio, cuando no desde la propia militancia, y se había centrado en el estudio de las ideologías, las organizaciones y los líderes obreros. Había sido una historia ideologizada y escrita como una forma de lucha política contra el franquismo.

Sin embargo, a medida que se consolidó la democracia, se inició un rápido declive de esta militancia favorecido por el pacto de olvido sobre las responsabilidades políticas del bando vencedor en la guerra.²⁶ Se intensificaron las críticas hacia la historiografía militante, especialmente a partir de la recepción de nuevas corrientes historiográficas occidentales. Esta recepción favoreció un proceso de reflexión crítica, o más bien autocrítica, sobre la historia que se había escrito hasta entonces y promovió una apertura hacia nuevas direcciones. Ya durante los años setenta se habían realizado balances que cuestionaban la primacía de la historia del movimiento obrero y defendían la necesidad de adoptar enfoques que primasen la historia de los trabajadores de una manera más global, atendiendo a otros aspectos como sus condiciones de trabajo, nivel de vida, mentalidades, cultura y religión. Dos autores especialmente contrarios a una historia obrera militante centrada en el estudio de ideologías y movimientos organizados fueron Joaquín Romero Maura y Juan Pablo Fusi. Se oponían a identificar la conciencia obrera con la militancia en organizaciones políticas y sindicales. Este deseo de superar la historia militante se extendió también a campos próximos a la historia del movimiento obrero, como la historia del catolicismo social que replanteó sus afirmaciones más clásicas como la del “fracaso” de la Iglesia en sus intentos por influir sobre la clase obrera.²⁷

Se consideraban que, al dar una atención prioritaria a los conflictos de clase, se había presentado a la sociedad española como una sociedad polarizada cuando, al menos hasta el estallido de la Gran Guerra, se había tratado de una sociedad desmovilizada política y socialmente. Para Fusi se había privilegiado una “interpretación desenfocada del obrerismo español” dominada por “un cierto sentimentalismo más propio de Dickens que de Marx y por concebir la historia española más

²⁶ P. Aguilar, *Memoria y olvido de la Guerra Civil española*, Madrid, Alianza, 1996.

²⁷ J. Andrés-Gallego, «El movimiento obrero cristiano: replanteamiento», *Nuestro Tiempo*, 285, marzo 1978, p. 5-38, y «La Iglesia y la cuestión social: replanteamiento», en: VV.AA., *Estudios históricos sobre la Iglesia española contemporánea*, San Lorenzo del Escorial, Biblioteca La Ciudad de Dios, 1979, p. 11-115.

reciente como incesante lucha de clases”. Abundaban las “generalizaciones falaces, esquematismos ideológicos y apriorismos no constatados empíricamente”. Los historiadores serían “más los abogados de una causa que los investigadores de un problema”. Reivindicaban un mayor rigor científico y profundizar en el estudio del obrerismo, de su cultura, de su comportamiento y de sus realidades.²⁸

La historia del movimiento obrero que hasta entonces se había escrito en el ámbito europeo, y que era la que sin ninguna revisión crítica se había difundido entre la historiografía española, fue cuestionada al considerarse que debía ampliarse al estudio del conjunto de la clase obrera. Había que superar lo que Georges Haupt llamaba el proceso de mitologización de la historia del movimiento obrero, la historia erigida en ideología cuya función no era otra que perpetuar las leyendas oficiales. Esta historia quedó así superada por nuevas formas de escribir la historia, muy influida en estos años ochenta por los historiadores marxistas británicos. Eric J. Hobsbawm había tachado a la historia tradicional del movimiento obrero de narrativa e institucional, y había propuesto “otra historia”, la de una clase obrera integrada en la sociedad que, como había advertido E.P. Thompson, no era una categoría estática sino el fruto de un proceso mediatizado por múltiples factores. En Francia, la historia obrera comenzaba a superar el modelo heredado de la historia económica y social de Ernest Labrousse y proporcionaba trabajos innovadores como las tesis de Maurice Agulhon, Rolande Trempe, Michelle Perrot e Yves Lequin.²⁹

Un deseo de renovación historiográfica, que tomó de nuevo modelos foráneos –entre estos, los citados en el párrafo anterior–, se comenzó a difundir en España. Uno de los puntos fuertes de esta renovación residía en la interdisciplinariedad. La colaboración entre las ciencias sociales –sociología, ciencias políticas, antropología y psicología social– se había mostrado muy fructífera en la historiografía francesa y, en el caso español, era aún una asignatura pendiente. Por otra parte había que replantearse las premisas y las interrogantes. No todos los obreros habían militado en el socialismo y en el comunismo. Muchos de ellos, sobre todo en los primeros tiempos, habían entablado relación con las organizaciones democrático-republicanas, habían colaborado con el reformismo y había participado en los movimientos campesinos. Por otra parte, revisitando el pasado, se comprobaba que no era acertado aceptar la representación automática de los trabajadores por las organizaciones del movimiento obrero. Era preciso también ir más allá de la clase obrera y estudiar al conjunto de la población, al tiempo que era necesario reconocer que las luchas del movimiento obrero no habían sido las únicas ni, en muchas ocasiones, las fundamentales. Cobró así vigor una nueva denominación, la de historia de los movimientos sociales, que englobaba todos los intentos colectivos de protesta y propuesta de cambio social, muchos de ellos hasta entonces ignorados por la historiografía española.³⁰

Fueron diversas las llamadas de los profesionales a la renovación, siendo la más recordada la manifestada por Álvarez Junco y Pérez Ledesma, quienes plantearon la necesidad de una “segunda ruptura” en la historia del movimiento obrero. Consideraban que, por un lado, la historia del movimiento obrero ya había recuperado durante los años de transición el protagonismo que el

²⁸ «Prólogo», en: J.P. Fusi, *Política obrera en el País Vasco*, Madrid, Turner, 1975, p. 7-11.

²⁹ «¿Por qué la historia del movimiento obrero?», en: G. Haupt, *El historiador y el movimiento social*, Madrid, Siglo XXI, 1986, p. 9-34. E.J. Hobsbawm, *Labouring Men. Studies in the History of Labour*, New York, Weidenfeld & Nicolson, 1964 [*Los trabajadores*, Barcelona, Crítica, 1979]; y «Labour History and Ideology», *Journal of Social History*, 7, 1974, p. 371-381. E.P. Thompson, *The making of the English working class*, London, Penguin, 1963. R. Ceamanos, *De la historia del movimiento obrero a la historia social. L'actualité de l'Histoire (1951-1960) y Le Mouvement Social (1960-2000)*, Zaragoza, PUZ, 2004; y *Militancia y Universidad*, Valencia, Centro Francisco Tomas y Valiente UNED-Valencia Fundación Instituto de Historia Social, 2005. Prefacio de Michel Ralle.

³⁰ VV.AA., «Colloqui d'Historiadors (Barcelona, maig, 1974)», *Estudios de Historia Social*, 1, abril-junio, 1977, p. 145-240. J.P. Fusi, «Algunas publicaciones recientes sobre la historia del movimiento obrero español», *Revista de Occidente*, t. XLI, 123, 1973, p. 358-368; I. Olabarrí, «El movimiento obrero en la historia de España», *Nuestro Tiempo*, 225, 1973, p. 136-142; «Movimiento obrero y clases trabajadoras», en: J.M^e Jover (dir.), *El siglo XIX en España: Doce estudios*, Barcelona, Planeta, 1974, p. 64-70; J. Termes, «Prólogo» en: F. Bonamusa, *Andreu Nin y el movimiento comunista en España (1930-1937)*, Barcelona, Anagrama, 1977, p. I-VIII; M. Izard, «Orígenes del movimiento obrero en España», *Teoría*, 8/9, 1981/1982, p. 5-31; y J. Fontana, *Historia: análisis del pasado y proyecto social*, Barcelona, Crítica, 1982.

franquismo le había negado. Las organizaciones obreras tenían ya su historia –una historia que había explicado la racionalidad de sus actuaciones pasadas, frente a las consideraciones negativas difundidas por el franquismo– y su papel en el presente. Por otro lado, los historiadores españoles eran conscientes de la existencia de nuevas temáticas que en España eran casi desconocidas, pero que triunfaban en Europa. La historia obrera debía abrirse a las nuevas perspectivas de la historia social, cuyo desarrollo se había visto espoleado por los importantes cambios sociales que habían experimentado las sociedades occidentales. Una de estas mutaciones, consecuencia de la crisis industrial, había sido el declinar de la clase obrera, declive que había provocado, a su vez, que el punto de mira se trasladara de la clase obrera a otras formas de movilización. Los nuevos movimientos sociales irrumpieron con fuerza, al tiempo que surgieron nuevas preocupaciones diferentes de la lucha de clases –condiciones de vida– y nuevos grupos sociales –en especial las mujeres– que cobraron protagonismo. Estas circunstancias obligaron a cambiar la historia obrera que se había escrito hasta entonces. Había que sustituir a los líderes y a las organizaciones por los trabajadores y sus condiciones de vida, atender a las más diversas formas de protesta social, estudiar también la actuación de la patronal y adentrarse en el papel jugado por las mujeres.³¹

Esta solicitud de “ruptura” se explica por el deseo de despolitizar la escritura de una temática de la historia –la del movimiento obrero– que, hasta entonces, había sido en gran medida utilizada en la lucha contra el franquismo. Si se quería avanzar en la consolidación de la historia obrera, era preciso reducir su carga política. No obstante, aunque la idea de “segunda ruptura” encontró eco en la profesión, fueron frecuentes las matizaciones. Carlos Forcadell prefería hablar, como así había ocurrido, de una “segunda recepción” en España de la historiografía obrera europea, mucho más potente en su producción e institucionalización.³² Más reticentes a la idea de “segunda ruptura” fueron quienes venían trabajando desde los años sesenta y que veían ahora como su trabajo era calificado de “tradicional”. Una de las pioneras de la historiografía obrera española en los años finales del franquismo, Clara E. Lida, afirmaba que sus trabajos y los de sus compañeros abrieron caminos, introdujeron nuevos temas de investigación –pequeños productores, organización comunal, estudio de las sociedades secretas, republicanismo o anarquismo– y sentaron las bases para futuras investigaciones. Los historiadores que trabajamos en los sesenta y primeros setenta, afirma Lida, nos encontramos con un páramo. No contábamos con ninguna base, salvo la historiografía militante anterior. No cabría hablar de ruptura sino de “suma” y concluye que, a su entender, en esta idea de ruptura había un deseo de convertir a los “seguidores” en “fundadores”, esto es, se trataría de crear un discurso que se pretendía fundacional.³³ Sea como fuera, lo cierto es que los historiadores se dirigieron hacia los nuevos campos de investigación abiertos y la historia del movimiento obrero perdió su hegemonía.³⁴

Detrás de estas críticas se encontraba también el deseo de poner fin a una de las principales carencias de la historiografía obrera española: su escasa institucionalización. Los historiadores españoles eran conscientes de la importancia que había tenido en el desarrollo de otras historiografías occidentales la fundación de asociaciones en las que reflexionar y debatir y, a partir de ellas, organizar encuentros y publicar revistas especializadas. Los avances en esta dirección a finales de los años setenta y durante los ochenta cubrieron este vacío. Se crearon institutos para conservar las fuentes y estudiar la historia obrera que se convirtieron en un pilar fundamental para

³¹ Llamadas a la renovación: VV.AA., «Historia oberta. Movimientos sociales», *Debats*, 2/3, 1982, p. 89-136; J.Mª Jover, «La época de la Restauración. Panorama político-social, 1875-1902», en: M. Tuñón de Lara (dir.), *Revolución burguesa, oligarquía y constitucionalismo (1834-1923)*, vol. VIII, *Historia de España*, Barcelona, Labor, 1983, p. 269-406; J. Tusell, «Introducción. Carlos Seco: Una visión de la Historia», en: C. Seco, *Vinetas Históricas*, Madrid, Espasa-Calpe, 1983, p. 9-40; J. Álvarez Junco, «Maneras de hacer historia: los antecedentes de la Semana Trágica», *Zona Abierta*, 31, 1984, p. 43-92; J.L. Guereña, «La recherche en histoire ouvrière en Espagne. Approche bibliographique», *Le Mouvement social*, 128, juillet-septembre, 1984, p. 113-125; y M. Pérez Ledesma, «Historia del movimiento obrero. Viejas fuentes, nueva metodología», *Studia Histórica*, vol. VI-VII, 1988/1989, p. 7-15. J. Álvarez Junco y M. Pérez Ledesma, «Historia del movimiento obrero. ¿Una segunda ruptura?», *Revista de Occidente*, 12, 1982, p. 19-41.

³² VV.AA., «Historia oberta. Movimientos sociales», *Debats*, 2/3, 1982, p. 89-136, p. 96.

³³ Entrevista a Clara E. Lida, París, 14 de mayo de 2006.

³⁴ M. Pérez Ledesma, «Manuel Tuñón de Lara y la historiografía española del movimiento obrero», *art. cit.*, p. 214.

la consolidación historiográfica. Al restablecerse la democracia, los partidos y sindicatos del movimiento obrero fundaron centros donde custodiar y ofrecer a los investigadores los archivos obreros. A semejanza de la labor realizada en Europa —el Instituto Emile Vandervelde para el Partido Socialista Belga, la Fundación Friedrich Ebert para el Partido Socialdemócrata Alemán o el Instituto Karl Renner para el Partido Socialdemócrata Austriaco—, se crearon: la Fundación Pablo Iglesias (1977) por el PSOE, la Fundación Largo Caballero (1978) por la Unión General del Trabajo, la Fundación de Investigaciones Marxistas (1978) por el PCE, la Fundación Primero de Mayo (1988) por las Comisiones Obreras y la Fundación Salvador Seguí (1985) y la Fundación Anselmo Lorenzo (1987) por la Confederación Nacional del Trabajo. Estos institutos han promovido seminarios, debates y publicaciones que han permitido recuperar y transmitir la memoria del mundo obrero. Pero el progreso fundamental provino de las asociaciones y publicaciones especializadas que surgieron en el ámbito profesional. Éstas representaron las pretensiones científicas del colectivo universitario y fueron el mejor instrumento para lograr sus objetivos científicos. *L'Avenç* (1977), *Debats* (1982) o *Historia Contemporánea* (1988) dejaron un espacio a la historia obrera, pero habrá que esperar a finales de la década para la aparición de su principal valedora, *Historia Social* (1988), decisiva en el conocimiento y difusión de historiografías foráneas, especialmente la historiografía marxista británica.³⁵ De la mano de estas asociaciones y publicaciones, y dentro de una universidad en expansión, la historiografía obrera española entró, en los años ochenta, en una fase de crecimiento en el que, sin abandonar el estudio del movimiento obrero, se encaminó hacia la investigación del mundo popular.³⁶

Conclusiones

En los últimos años del franquismo, en un clima de cambios sociales y económicos, y un contexto de cierta relajación de la dictadura, se desarrolló una historiografía obrera que, al igual que la escrita en el exilio, se instrumentalizó en la lucha antifranquista. Sin embargo, esta historia ya no se escribía exclusivamente desde fuera de los ámbitos académicos, sino que se abrió paso progresivamente en el ámbito universitario y siguió una metodología que debía mucho a la influencia de la historiografía francesa. Fue una “primera ruptura” con la historiografía positivista escrita hasta entonces. Era el fruto de las tesis doctorales que sobre historia obrera realizaron algunos de los miembros de la nueva generación de historiadores que se habían formado en una universidad en crecimiento y que se había convertido en foco de lucha contra el franquismo. Su trabajo, no exento de obstáculos por las dificultades a la hora de acceder a las fuentes, fue una labor comprometida con la transición a la democracia. Militaron en organizaciones de izquierda y en el cristianismo progresista, y sus principales temas de investigación fueron el anarquismo, el socialismo, el comunismo y el catolicismo social. No estuvieron solos en esta aventura. La atracción que la historia contemporánea de España ejercía sobre los jóvenes historiadores de otros países impulsó la aparición del hispanismo contemporaneista francés y anglo-sajón. Estos hispanistas entablaron una estrecha relación, profesional y personal, con sus colegas españoles, conexión que contribuyó a renovar la metodología de la historiografía obrera española.

Los años de la Transición consolidaron la historiografía obrera. En los primeros años ochenta, muchas cosas cambian en España. En lo político, la llegada de los socialistas al gobierno mostró la madurez del régimen democrático; y en lo historiográfico, se introdujeron las innovaciones procedentes de aquellas historiografías occidentales que habían superado la historia del movimiento obrero, hasta entonces dominante en la historiografía obrera española. Fue entonces cuando arraigó un estado de opinión que, con el fin de consolidar el carácter científico de

³⁵ En 1989 surge la Asociación de Historia Social, cuyos congresos han reunido una parte importante de los debates y líneas de investigación que han marcado la producción de la historiografía social española. Primeros congresos: S. Castillo (coord.), *La Historia Social en España. Actualidad y perspectivas. Actas del I Congreso de la Asociación de Historia Social, 1990*, Madrid, Siglo XXI-Asociación de Historia Social, 1991; S. Castillo (coord.), *El trabajo a través de la Historia. Actas del II Congreso de la Asociación de Historia Social, 1995*, [Madrid], Asociación de Historia Social, 1996; y S. Castillo y J.M^a Ortiz (coords.), *Estado, protesta y movimientos sociales. Actas del III Congreso de la Asociación de Historia Social, 1997*, [Bilbao], Universidad del País Vasco, [1998].

³⁶ A. Barrio, «Historia obrera en los noventa: tradición y modernidad», *Historia Social*, 37, 2000, p. 143-160.

la historiografía obrera, propugnó abandonar el lastre de escritura militante. La reflexión crítica sobre la historia promovió la apertura hacia nuevas direcciones de investigación que, más allá del movimiento obrero e, incluso, de la clase obrera, se abrieron a la historia social. Estos avances fueron posibles gracias a la institucionalización. Se crearon centros y asociaciones, se organizaron congresos y se fundaron publicaciones científicas que permitieron el definitivo arranque de la historiografía obrera española que, asentada en la universidad, obtuvo medios para la investigación y legitimidad científica.